

En nuestros países puede que todavía se mantenga la aseveración: entre los más brillantes y polémicos pensadores políticos de nuestro siglo ocupa un lugar relevante una mujer. El rigor de su pensamiento, su sólida y sistemática cultura, la agudeza serena de su enjuiciamiento, hacen de cualquiera de sus ensayos una excitante aventura intelectual y de toda discrepancia la eventualidad de una riesgosa esgrima.

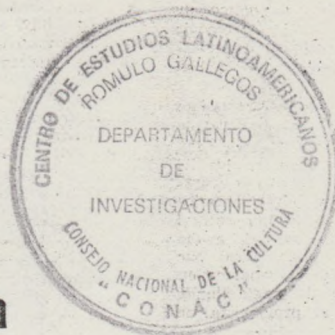
A esta discrepancia prácticamente obliga su campo de estudio y en particular sus libros, situados todos en esa difícil coyuntura propia del espíritu crítico individual que no se siente concernido por los intereses de ningún concreto grupo social y simplemente animado por la pasión de la verdad. Esta, como una insólita ave, parecería volar en un espacio sin aire. Sus últimos volúmenes (*On Violence*, 1970 y *Crisis of the Republic*, 1972, ambos de Harcourt and Brace, habiendo del primero traducción española de Joaquín Mortiz, en México) reiteran el ejercicio de la lucidez y animan la polémica; la desvaloración de la violencia como constructora de nuevos poderes, en directo enfrentamiento al pensamiento marxista, junto al reconocimiento de su operatividad en el campo restringido de la presión y la afirmación de que es una condición humana de la que no puede prescindir el hombre, parte al fin de su racionalidad, muestran nuevamente esa libertad para pensar los problemas de nuestro mundo fuera de los esquemas más o menos esclerosados en que se descansa buena parte de los sedicentes pensadores políticos actuales.

Se llama Hanna Arendt y pronto cumplirá setenta años. Es de origen alemán, nacida en Hamburgo en 1906 dentro de una familia judía. Hizo estudios en Marburgo y Friburgo, doctorándose en filosofía en la Universidad de Heidelberg en 1928 bajo la conducción de Karl Jaspers. La influencia que el pensamiento de Jaspers, tantas veces tildado de conservador, haya ejercido sobre ella, es difícil de medir. En el prólogo con que presentó al público norteamericano la obra de su maestro (*The Great Philosophers*, Har Brace, 1966, 2 vol.) sólo queda sitio para el reconocimiento agradecido del discípulo.

Formada intelectualmente en ese extraordinario momento intelectual de Alemania que precedió al nazismo, (en el cual pudo desarrollarse el movimiento de la "teoría crítica") en 1933 debió emigrar a Francia, donde, hasta que se desencadenó la guerra mundial, trabajó en la oficina que facilitaba el traslado a Palestina de los niños judíos. En 1941 huye de la Francia ocupada con más suerte que la que en ese mismo intento aguardaría a Benjamin, y se traslada a Estados Unidos, país del que devendrá ciudadana a partir de 1951. Es allí que realiza lo fundamental de su obra, en su calidad de profesora de ciencias políticas y de teoría social en la Universidad de Chicago y como ensayista de sus principales revistas culturales, en especial de *The New Yorker* donde publicó algunos ensayos que fueron primera versión de sus libros.

A la fecha esta tarea cultural está representada por una decena de libros fundamentales, una acuciosa tarea de "editor" de los intelectuales alemanes (Broch, Benjamin, etc.), una actividad ensayística que ha suscitado polémicas y un vasto conjunto de honores internacionales que han

el pensamiento político de la mujer



angel rama

hecho de ella un "monstruo sagrado", una de esas terribles "papisas" de los Estados Unidos de la posguerra. Esa tarea fue prácticamente iniciada con el balance drástico del mundo que había dejado atrás, de la Europa que gestó los totalitarismos fascistas y los, para ella, asimismo totalitarismos de la izquierda, en el volumen *The Origins of Totalitarianism* (1951, cuya traducción española anuncia Taurus para este año). Fue su contribución a la vasta tarea de revisión de la génesis del totalitarismo a que se vieron forzados los intelectuales europeos y más violentamente los alemanes, para contestar a la pregunta universal ¿por qué? Desde Bertolt Brecht hasta Thomas Mann casi nadie dejó de hacerlo, aunque ninguna revisión se compare a la portentosa contribución del *Institut für Sozialforschung* que dirigió Max Horkheimer tanto en Frankfurt como en su temporaria radicación en USA durante la guerra y del que formaron parte Walter Benjamin, Herbert Marcuse, Erich Fromm, Theodor W. Adorno, entre otros. El libro de Hanna Arendt puede justamente compararse con obras como *La personalidad autoritaria* que dirigió Adorno con un equipo investigador en 1950. En especial porque el enfoque de la Arendt no se encierra en un planteo social o estrictamente político en el sentido estrecho de la palabra, sino que asciende a una visión filosófica a partir de una concepción culturalista que reconoce al "totalitarismo" como una condición del hombre del XX y busca sus raíces históricas e intelectuales.

Ya en ese libro, y al margen de sus tesis homólogas de los distintos tipos de totalitarismos europeos que han sido obviamente pasto de discusión, puede percibirse una enérgica valoración del intelectual en tanto riguroso analista de la realidad social, ascendiéndolo a la categoría de héroe del mundo contemporáneo. Esta idea se reencuentra más explícitamente en un libro posterior, *Men in Dark Times* (1968) que es una



UNA PARABOLA

Tiene dos antagonistas. El primero lo empuja —desde los orígenes— por la espalda. El segundo bloquea, delante de él, su camino. Combate contra los dos. Es cierto que el primero lo sostiene en su combate contra el segundo, pues lo empuja hacia adelante; también el segundo lo sostiene en su combate contra el primero, pues lo rechaza hacia atrás. Pero esto es sólo en teoría. Porque no hay sólo dos antagonistas enfrentados; también está el y ¿quién conoce realmente cuáles son sus intenciones? Sueña con que alguna vez, en un momento de inadvertencia —y seguramente se necesitará de una noche más sombría que todas las habidas hasta el presente— abandone de un salto la línea del combate y, gracias a su experiencia, pueda elevarse a la posición de árbitro en el combate que se tengan, ahora entre sí, sus dos antagonistas.

Frank Kafka

recuperación de sus ensayos sobre diversas personalidades del siglo, desde Rosa Luxemburgo y Angelo Roncalli (Juan XXIII) hasta Isak Dinesen, Hermann Broch y Bertolt Brecht. Esa nueva concepción del héroe puede encontrarse allí, no solo en los personajes que analiza sino en el tono de exaltación con que en ocasiones quiebra su certera pero también rígida y fría capacidad analítica. La idea, que también ha tentado a Herbert Marcuse, de que las únicas antítesis perdurables que aún restan en nuestras sociedades burguesas son las integradas por las vanguardias intelectuales, por lo cual es a ellas que corresponde la misión transformadora del orden vigente aprovechándose de que la complejidad de la actual estructura científico-cultural les confiere un puesto clave dentro de las sociedades, esa idea otorga significación a sus investigaciones que más que referirse a personas (psicológicamente hablando) trata de las aventuras intelectuales a partir de las cuales se construyen las personas. En todo caso, en el libro sigue resonando una fe en el individuo y en su aportación intelectual que muy a las claras señala un apartamiento de las interpretaciones rigidamente sociales que tanto la sociología weberiana como la marxista llevaron adelante en este siglo.

Cuatro de esos retratos espirituales han sido recogidos en una traducción española (Anagrama) ofreciendo un verdadero balance de las líneas creativas que siguió la cultura alemana de entre ambas guerras, en lo que justamente da prueba de la importancia de ese factor creativo individual para poder pensar independientemente el mundo, por encima de los determinismos económicos o sociales. Son ellos; Rosa Luxemburgo, visionaria de la revolución y ejemplo mayor de ese individualismo acratíco que con más libertad funcionaba dentro del comunismo de los años 10 y 20; Hermann Broch, quien un siglo después de Goethe, fue capaz de volver a encarnar el paradigma del "Dichter"; Walter Benjamin, el pequeño judío de la obra fragmentaria que se constituyó en el más original crítico de la cultura que ha dado nuestro siglo XX y Bertolt Brecht, el único artista que ha sido capaz de instaurar una política marxista, construyéndola al sesgo de los diversos dogmatismos enfrentados. Si todavía hubiera que dar prueba de la riqueza de una cultura como la alemana del siglo XX, esos solos cuatro nombres serían más que suficientes.

Pero la obra de Hanna Arendt quizá no hubiera superado los recintos intelectuales o los "campus" universitarios si no fuera por su volumen *Eichmann in Jerusalem* (1963, con traducción española de Lumen, Barcelona) que ella subtítulo sorprendentemente: *Un informe sobre la trivialidad del mal*. Son simplemente las crónicas remitidas al *New Yorker* desde Jerusalem acerca del juicio a Eichmann, posteriormente ampliadas con nuevas consideraciones filosóficas. Un libro atroz consagrado a una oscura tarea: descubrir el funcionamiento de la conciencia moral a través de las confesiones francas y sin estorbos de quien fue el artífice de la "solución final" al problema judío en la Alemania nazi, o sea, cómo e hizo funcionar los campos de exterminio, y reconocer cuáles fueron los intelectuales opacados para penalizar los principios éticos de la comunidad humana actual. Lo que

Director
MARTO CRESPO

Programación
NO MENDOZA
del 1975

recoleccion de sus ensayos sobre diversas personalidades del siglo, desde Rosa Luxemburgo y Angelo Rancalli (Juan XXIII) hasta Isak Dinesen, Hermann Broch y Bertolt Brecht. Esa nueva concepción del héroe puede encontrarse allí, no sólo en los personajes que analiza sino en el tono de exaltación con que en ocasiones quiebra su certera pero también rígida y fría capacidad analítica. La idea, que también ha tentado a Herbert Marcuse, de que las únicas antítesis perdurables que aún restan en nuestras sociedades burguesas son las integradas por las vanguardias intelectuales, por lo cual es a ellas que corresponde la misión transformadora del orden vigente aprovechándose de que la complejidad de la actual estructura científico-cultural les confiere un puesto clave dentro de las sociedades, esa idea otorga significación a sus investigaciones que más que referirse a personas (psicológicamente hablando) trata de las aventuras intelectuales a partir de las cuales se construyen las personas. En todo caso, en el libro sigue resonando una fe en el individuo y en su aportación intelectual que muy a las claras señala un apartamiento de las interpretaciones rigidamente sociales que tanto la sociología weberiana como la marxista llevaron adelante en este siglo.

Cuatro de esos retratos espirituales han sido recogidos en una traducción española (Anagrama) ofreciendo un verdadero balance de las líneas creativas que siguió la cultura alemana de entre ambas guerras, en lo que justamente da prueba de la importancia de ese factor creativo individual para poder pensar independientemente el mundo, por encima de los determinismos económicos o sociales. Son ellos: Rosa Luxemburgo, visionaria de la revolución y ejemplo mayor de ese individualismo acrático que con más libertad funcionaba dentro del comunismo de los años 10 y 20; Hermann Broch, quien un siglo después de Goethe, fue capaz de volver a encarnar el paradigma del "Dichter"; Walter Benjamin, el pequeño judío de la obra fragmentaria que se constituyó en el más original crítico de la cultura que ha dado nuestro siglo XX y Bertolt Brecht, el único artista que ha sido capaz de instaurar una poética marxista, construyéndola al sesgo de los diversos dogmatismos enfrentados. Si todavía hubiera que dar prueba de la riqueza de una cultura como la alemana del siglo XX, esos solos cuatro nombres serían más que suficientes.

Pero la obra de Hanna Arendt quizá no hubiera superado los recatos intelectuales o los "campus" universitarios si no fuera por su volumen *Eichmann in Jerusalem* (1963, con traducción española de Lumen, Barcelona) que ella intituló sagazmente, "*Un informe sobre la trivialidad del mal*". Son simplemente las crónicas remitidas al *New Yorker* desde Jerusalem acerca del juicio a Eichmann, posteriormente ampliadas con nuevas consideraciones filosóficas. Un libro atroz consagrado a una obsesiva tarea: descubrir el funcionamiento de la conciencia moral a través de las confesiones francas y aun entusiasmadas de quien fue el artífice de la "solución final" al problema judío en la Alemania nazi, o sea quien mató e hizo funcionar los campos de exterminio, y reconocer cuáles recursos intelectuales operan para pervertir los principios éticos de la comunidad humana actual. Lo que

matana Arendt escudriña en los textos de Eichmann es la forma en que el mal funciona entre los hombres (este inmenso tema que atraviesa la historia del pensamiento); el modo en que se instaure bajo sus múltiples disfraces de autoridad, obediencia, burocratismo, pactos múltiples con los intereses ocasionales, apatencias de poder o de gloria; sobre todo la manera en que se disuelve la potencia de aquellos valores que fijan el campo antropológico específico para permitir la irrupción de un "mal" que algunos sitúan fuera y otros dentro del hombre. Un material tan ardiente sólo podía ser objeto de un tratamiento *atento, sereno y frío* y eso es lo que hizo Hanna Arendt en sus crónicas.

No fueron estos temas los que desencadenaron la polémica, ni por estas ideas podría justificarse que Jacob Robinson escribiera un libro de 400 páginas sobre "The Eichmann trial, the Jewish catastrophe and Hanna Arendt's narrative" (MacMillan, 1965) sino por un asunto colateral que la autora sólo trató incidentalmente: la forzada complicidad con Eichmann de los Consejos Judíos europeos, la sospecha —que adelanta la autora— de que, sin las listas de judíos que ellos le proporcionaron al gran carnicero con el fin de salvar a algunos, hubieran escapado a la muerte la mitad de los seis millones de judíos muertos en los campos de exterminio. La polémica fue ácida y generosa en los adjetivos. Sobre ella puede consultarse, fuera del libro de Robinson que es la gran acta de acusación, dos textos de réplica; uno perteneciente a la novelista norteamericana Mary McCarthy, titulado "El escándalo" y que está en su libro *Escrito en la pared* (1970, traducción de Lumen) y otro de la misma Hanna Arendt, "Verdad y política", que ha sido incluido en su mejor libro de ensayos, *Between Past and Future* (1961) y en que su género es un modelo del tratamiento de temas políticos "sin pasión y sin divisa". Es la teoría de cómo deben discernirse objetivamente los hechos y de cómo es posible otorgarles una valoración ética y social. Como apunta Mary McCarthy en su artículo, lo que pareció imponderable fue que las observaciones procedieran de una judía. Olvidaban que si algo fijaba las coordenadas de su pensamiento, era justamente el no responder al judaísmo (que ella estudió muy bien respecto a Benjamin) ni a ninguna otra comunidad partidista, religiosa o social, para estar sólo atento a un principio que sobrevolara la historia el hallazgo de la verdad.

Los "ocho ejercicios de pensamiento político" de su libro *Between Past and Future* (no sé que haya traducción española; hay una francesa en Gallimard titulada *La crise de la culture*) son ocho ejercicios de inteligencias y de sabiduría sobre algunos de los temas claves de nuestro universo: el concepto de la historia, el principio de autoridad, la crisis de la cultura, la idea de libertad, la relación entre la conquista del espacio y la dimensión específica humana y, sobre todo, el funcionamiento de la tradición respecto a la edad moderna, que es el asunto que recorre el volumen entero. Como subtítulo lo expresa y como se lo analiza en el prólogo, la condición propia de nuestra cultura (la que corresponde aproximadamente al último siglo y medio de historia) es la ruptura respecto a una tradición que fue capaz de sobrevivir toda suerte de dificultades

y prolongarse durante milenios. Este gran tema, que ya había sido intuido por Benjamin hasta el punto de estar en la base de su concepción del libro como una serie de "citaciones" de diversos autores, hilvanadas dentro de un discurso al que el recopilador confiriere coherencia, es analizado por Hanna Arendt a partir de uno de los brevísimos cuentos-apólogos de Kafka y de un verso del poeta francés René Char: "*Notre héritage n'est précédé d'aucun testament*".

Ahí está la clave de la situación pero también del infortunio en que vive la cultura de los hombres, hoy día Hanna Arendt pertenece a ese linaje de pensadores que maneja la concepción aristotélica del "hombre político", para quien por lo tanto los problemas no adquieren su verdadera dimensión si no es en el campo político. De ahí que al reconocer que esa invención de la antigua Roma, la "tradición", fue quebrantada en la época contemporánea, agregue entonces dejó de ser una experiencia reservada al grupo minoritario de los pensadores para "constituirse en una realidad tangible y en el problema de todos, o sea que se transformó en un hecho político". Sus ensayos son un intento de restaurar ese hilo roto, de reconstruir la sucesión de la cultura y de ahí que por momentos se cree estar ante la concepción "filológica" que manejó Nietzsche en el XIX cuando estaba presenciando la catástrofe cultural que daba nacimiento a nuestro tiempo. Su portentoso conocimiento de las civilizaciones clásicas y de la evolución del pensamiento europeo, le permiten a Hanna Arendt funcionar como esa "citación" de que hablaba Benjamin, al punto que confesadamente no pretende llegar a ninguna verdad, lo que parecería vano en la situación que enfrenta, sino a restaurar una malla que permita algún día volver a encerrar la eventualidad de la verdad. Porque la ruptura que ha sobrevenido comenzó por el desprecio del "filisteo" por los objetos culturales, para luego tramatarlos en "valores" sociales o sea mercaderías que se podían poner en circulación y realizar a cambio de otros valores sociales, y asistir por último a la liquidación general de tales valores y objetos culturales en la sociedad masiva contemporánea. En ella es el significado superior de las creaciones artísticas lo que se ha perdido "*La actitud central de la sociedad del consumo con respecto a todo objeto, o sea la actitud de consumir, implica la ruina de todo lo que toque*".

Llegados aquí se comprende que sea engañoso el título de esta nota. Nada de este pensamiento político riguroso responde a una "feminidad" intelectual como si existiera (a la manera como lo pensaba Weininger) una condición de la actividad cerebral que fuera privativa de la mujer. Estamos en presencia de un pensamiento político que no pide ni concede cuartel y que funciona en el universo del rigor intelectual donde no hay sexos, sino mayor o menor capacidad para pensar a la cultura de nuestro tiempo. Es posible que la lucidez de esta ensayística sea hija de la alucinación que surge impetuosamente en esa fisura que se genera entre el fin de una época y el advenimiento de un nuevo orden. Por esa condición misma, que es la que ha hecho a los grupos de mujeres factores capitales del futuro orden, puede comprenderse que sea una mujer quien mejor interprete hoy la conflictualidad del mundo presente.